



22 de junio de 1879

LA CARIDAD HACIA EL PRÓJIMO EFFECTO PROPIO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

María Eugenia

Mis queridas hijas:

Hablamos la última vez de los efectos que produce la presencia de nuestro Señor en lo profundo de nuestras almas en nuestra relación con Dios, después de la acción que nuestro Señor hace sobre nosotras como amigo, como director supremo, iluminándonos con su luz, para que nos conociéramos a nosotras mismas.

Para la Fiesta del Sagrado Corazón, hay otro aspecto que me gustaría presentaros, si Dios me da la gracia para ello: es la gran caridad que Dios quiere llevar al fondo del alma y cuál es la acción propia de su Corazón divino. De todas las obligaciones de la religión cristiana, la más difícil tal vez es el amor muy puro y perfecto al prójimo: digo que es la más difícil, porque este amor debe ser a la vez puro y perfecto.

Notad que nuestro Señor tiene algo maravilloso en su doctrina. Quiere que estemos preparadas para aceptar cualquier tipo de desprecios, de objeciones, de sufrimientos, que prefiramos en la vida lo que nos hace más conformes a la cruz y nos hace pasar con más seguridad por los caminos que él mismo pasó en la tierra.

Comprendéis que nuestro Señor, cuando pasó por estos caminos de sufrimiento, lo hizo llevado por criaturas humanas. Son las criaturas humanas las que han sido para él ocasión de humillaciones, de sufrimientos, de todo lo que en su vida fue negación de las alegrías o afirmación de las penas. Son estos seres humanos a los que amó con tanto amor, por los que derramó toda su sangre. Dicho de esta manera, se comprende que la caridad pura y perfecta es un efecto que sólo puede darse en nosotras por la acción de nuestro Señor.

Dijo en su vida: *Si amáis a los que os aman, ¿no hacen los publicanos lo mismo?*¹ Todos los hombres de la tierra aman a los que les hacen el bien, a los que les traen cosas agradables. Eso no es sobrenatural, eso no es extraordinario, no se aplica ahí la caridad pura y perfecta, efecto propio del Corazón de nuestro Señor, y que nuestro mismo Señor practicó.

Pero: *amar a vuestros enemigos, a los que os maldicen y os persiguen*², *devolver siempre bendición por maldición, bien por mal, ofrecer la mejilla izquierda al*

¹ Mt 5, 46-47

² Mt 5, 44

que golpeó la mejilla derecha³, dar dos mil pasos con el que te obligó a dar mil, ⁴dar la túnica al que te quitó el manto⁵... – en cada página del Evangelio encontraréis estas máximas, - es el hecho de la caridad más perfecta, la más pura, la más santa, la que no tiene por objeto la criatura, sino Dios. Cuando estamos unidas con nuestro Señor Jesucristo, participamos de sus sentimientos, los que acabo de explicar y cuya práctica vemos a lo largo de su vida.

Entonces creo que si la devoción al Sagrado Corazón tiene un efecto superior por el cual nos une a Dios, un aspecto consolador frente a nosotras mismas, que nos hace encontrar en este corazón divino todo lo que nos puede deleitar, por otro lado desarrolla en nosotras esta generosidad, esta perfecta caridad hacia el prójimo de la que hablamos.

No insisto más. Prefiero dejaros meditar cómo esta caridad perfecta se une al amor al sacrificio y a la humillación, al aprecio de la cruz, a una especie de preferencia – al menos en el juicio y en la inteligencia, ya que no en el corazón y en la práctica - sino a una preferencia real de una vida oscura, humillada y sufriente, a una vida feliz, brillante y plena de placeres

Os digo, hermanas mías, que podéis llegar a esta estima de preferencia, al menos por la inteligencia, si no aún por el corazón, porque es la gran perfección elegir real y prácticamente esta vida escondida y humillada. Comprendemos que es más santa, que nuestro Señor la ha puesto más alto, que nos hace más parecidas a Jesucristo, que es el camino más seguro para ir al cielo. En toda elección se tiene que convencer a la mente antes de prender fuego al corazón.

Haced esto en la meditación. Tratad de deciros a vosotras mismas: "Si hoy me llega una cruz, si tengo que hacer un sacrificio, estaré más en el camino en que ha estado nuestro Señor." Mirad a los santos que están más altos en la gloria, ¡qué vida crucificada han tenido! Se ha hecho una obra para decir de Santa Teresa que tenía la cruz perfecta en todas las cosas; sin embargo, tenía la estima de los hombres. San Pedro, San Pablo, San Germán han sido la infamia de los hombres. Mirad cómo han pasado por los caminos de la cruz para ir al cielo.

Tomad la doctrina de nuestro Señor: ¿qué aparecerá en el juicio final? La Cruz. Habrá que encontrarse conformado con ella. Tendrá que estar impresa en vosotras de una forma o de otra. Nuestro Señor salvará por la señal de la cruz a aquellos que de otro modo habrían tenido dificultades para salvarse a sí mismos. Esta es la explicación que se puede dar de la vida de algunas personas que nuestro Señor quiere salvar a pesar de todo. Tienen muchos bienes en este mundo, pero reciben también la cruz que les corresponde. Vemos esto en el mundo, en las familias: por una cruz humillante y dolorosa, se obtiene finalmente una muerte santa, tras una vida bastante mundana y en la que parecía que no había casi nada para Dios.

Por el contrario, es doctrina probada que si la ausencia de todo servicio a Dios se une a una serie de prosperidad ininterrumpida, hay que temer todo para la salvación. Cuando parece que a una vida llena de satisfacciones, en la que Dios no ha sido servido fielmente, se le ha evitado la cruz, nada hay más aterrador en el orden de la salvación.

Comprended que si se penetra la mente con estos pensamientos, entonces aunque no hayamos llegado al coraje que nos haga abrazar todo, nos prepararemos, sin

³ Lc 6, 28-29.

⁴ Mt 5, 41

⁵ Lc 6, 29.

embargo, a tomar bien las cruces que, de un modo u otro, nos pueden llegar de las personas con las que vivimos a diario. Con respecto a ellas nos decimos a nosotras mismas: "Quizás de todas las personas con las que estoy en contacto, esta persona que me trae cruces es la más útil para mí". Esta es una verdad indiscutible.

Buscad en vuestra mente y deciros a vosotras mismas: "Estas personas han sido para mí una fuente de consuelo" y si mi corazón está afectado por ello, está bien, el reconocimiento es bueno. Pero debemos ir más allá: "Esta otra persona es para mí una fuente de cruces, apreciaría muy poco la cruz, si no tengo por ella un cariño de otra especie, igual de sólido, igual de profundo, ¡pero más sobrenatural!»

Creo poder deciros que esto es entrar en el Corazón de nuestro Señor, en lugar de permanecer en un corazón puramente humano, es entrar en este Corazón, divino y humano del Verbo Encarnado. es para entrar en estos dos sentimientos de amor que compartían el Corazón de nuestro Señor.

Amó a sus amigos, a los que eran buenos con él; fue tocado por gratitud y lleno de ternura por Juan, por Magdalena, por su Madre, por su Madre sobre todo, por San José. Tuvo un sentimiento natural de amor por los que le han hecho bien. Después tenía un afecto, una ternura particular por los pecadores, por sus verdugos, por aquellos a quienes vino a salvar y que eran sus enemigos. Una ternura tan extraordinaria que de varios de ellos hizo santos y apóstoles. Generalmente se cree que el centurión romano que clavó la lanza en el corazón de nuestro Señor, se convirtió en apóstol y terminó su carrera en Francia, creo.

Después de la muerte de Jesucristo, los que le habían colmado de injurias, que le habían insultado en el Calvario, se volvían, dándose golpes de pecho y diciendo: *Este hombre era justo. Verdaderamente este era el Hijo de Dios*⁶. Nuestro Señor Jesucristo derramó su sangre por los mayores pecadores: en el más culpable, el más indigno, si no se desespera al final, si se convierte, esta sangre que nuestro Señor derramó por él tendrá toda su eficacia. Fue objeto de tal amor, que *hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que siempre han perseverado*⁷

Bueno, hermanas mías, aquí debemos escudriñar vuestro corazón. Este es el punto donde el celo por las niñas debe encenderse. No debéis haceros ilusiones. Es imposible educar a niñas y encontrarlas agradables y capaces de recibir todo lo que quisierais darles. Veo esto en todas las generaciones. Nos decimos a nosotras mismas: "¡Qué descanso cuando ésta se haya ido!" Tendréis otras, porque tenéis que ejercer una verdadera caridad, pura, perfecta, hacia las personas que os traen la cruz, amarlas, trabajar por ellas sin satisfacción, sin consuelo, viendo en ellas sólo cruces, encontrando en ellas sólo penas ¿Dónde estaría de otro modo el gran mérito del apostolado? La educación es un apostolado.

Hay hombres que van a los salvajes para tratar de convertirlos. Tienen inmensos consuelos, convierten a muchos, pero ¡a qué precio! El obispo Elloy⁸ me dijo que, si te impacientabas con un salvaje una sola vez, se acababa, ya no volvería. No se sabe a qué se está expuesto entre esta gente. Manosearon al obispo Elloy, uno de ellos incluso se comió el final del dedo. Si uno muestra la más mínima impaciencia, el más mínimo descontento, esta alma ya no se gana, es un alma que se pierde. Debemos

⁶ Lc 23, 47 y Mt 27, 54

⁷ Lc 15, 7

⁸ Obispo misionero de la Sociedad de María, en la Oceanía central.

protegernos con ellos de la menor impaciencia. Así son los apóstoles con los salvajes que tienen que ganar.

Tenéis que ganar almas; es bueno que haya algunas que ejerciten vuestra paciencia, que a veces os saquen de vosotras mismas, para daros en vuestra relación con ellas la ocasión y el mérito de una caridad verdaderamente sobrenatural.

Aplicad eso a todo lo demás. Es imposible vivir juntas un gran número de personas, sin que haya algunas más agradables y otras menos. El amor natural nos lleva hacia algunas. A las demás, tenemos que amarlas sobrenaturalmente. El amor sobrenatural debe ser más cuidadoso, más delicado. Cuando la naturaleza nos lleva a amar a alguien, si lo hemos lastimado de alguna manera, nos decimos a nosotras mismas: "Se volverá a encontrar". Pero en el amor sobrenatural, cuánto más es necesario que las palabras estén impregnadas de una verdadera caridad, de un espíritu religioso, del espíritu de nuestro Señor, que es el espíritu de caridad.

Pidamos esta gracia a nuestro Señor, la gracia de una caridad suficientemente pura para despegarnos de lo que es nuestro consuelo, una caridad lo suficientemente ardiente como para renunciar realmente a nosotras, una caridad lo bastante sobrenatural como para aceptar todo lo que es dolor y humillación. Esto es lo que lleva muy directamente a Dios, y se parece mucho a la mente y al corazón de nuestro Señor.